



La punta y el iceberg.

Se vale opinar.
Martha Galindo.

Noviembre 4, 2020.

MIRAR AL SOL, MIRAR LA MUERTE

“Ni el sol ni la muerte se pueden mirar de frente” (François de La Rochefoucauld, Máxima 26)

Habrá quiénes como yo, pensamos que no le tememos a nuestra propia muerte. Pudiera tratarse de un autoengaño para disfrazar ese miedo. De lo que estoy segura es que la existencia humana en este planeta, tiene un principio y un final.

Creo que, frente a la muerte, los mexicanos “nos pintamos solos”. Mezcla de mitología, cosmogonía, costumbres regionales, amalgama de sincretismo religioso autóctono y cristiano, nuestro Día de Muertos es a la vez: fiesta y duelo; borrachera y llanto; luto y jolgorio. Tememos a la muerte a nuestro propio modo y por eso nos pintamos de calavera; vestimos de catrinas y catrines; les preparamos altares; vamos a los panteones; organizamos eventos; escribimos calaveritas; recordamos leyendas; los evocamos en canciones (“Cerró sus ojitos Cleto” de Chava Flores) en donde la viuda pierde al muerto en un juego de baraja; en Pomuch (Camp.) limpian los huesos de sus muertos, les colocan un mantel tejido por las abuelas para esa ocasión especial y los vuelven a depositar en sus cajas, para repetir el mismo rito el siguiente año; en Pátzcuaro donde confluyen copal, flor de cempasúchil, veladoras, redes, rezos y danzas para celebrar “La fiesta de las ánimas”.. Y como éstas, muchas costumbres más en cada región de México. Difícil encontrar en otro lugar o planeta un mosaico tan dispar y colorido como el de mi País frente a la muerte.

Pero el culto y los ritos ante la muerte, son solamente una arista de este complejo tema.

Perder a los que amamos, es arrancar un pedazo de nosotros mismos. El dolor de la orfandad se siente a plenitud cuando se han ido quienes nos dieron la vida. No ver a quienes hemos querido, no estar con ellos, aunque confiemos, creamos o nos digan que los que partieron están en un lugar mejor; aunque nuestros credos religiosos, filosofía de vida, y la evidencia de que cada duelo recorre un ciclo para cerrarse, nada evita que la cicatriz que provoca su muerte eventualmente vuelva a sangrar.

Y qué decir de tantos mexicanos que han perdido la batalla en esta guerra contra enemigos invisibles o visibles y la ceguera de las autoridades. Nuestros muertos por COVID y el personal médico que arriesgó y perdió su vida por salvarlos; nuestros niños muertos por falta de medicamentos contra el cáncer; nuestras mujeres asesinadas o desaparecidas (otra forma de muerte) por machismo rancio, patológico, desbordado: vil y cruel misoginia; nuestros muertos desconocidos, lacerados, mutilados o abandonados. Y digo nuestros, por qué en cada uno se ha ido un poco de todos nosotros. En su apego a la vida, en sus ilusiones, en sus sueños se ha perdido una parte de los nuestros.



La punta y el iceberg.

Se vale opinar.
Martha Galindo.

Noviembre 4, 2020.

John Donne escribió: “Ninguna persona es una isla, la muerte de cualquiera me afecta, porque me encuentro unido a toda la humanidad, por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti...” (For Whom the Bell Tolls).

La vida fluye, sus ciclos se cumplen y sea cual sea la manera como decidamos transitar por ella y, el final que nos espera será inevitable y entonces sí miraremos de frente a LA MUERTE.